LA MODA ELEGANTE

AÑO XXIII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

NUM. 39.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes. — Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs,—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR PROPIETARIO: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes. — Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs. — Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.— Sombreros nuevos. — Colcha de lana á punto de aguja.—Lambrequin con bordado llamado de Gobelino. —Fichú en forma de casaca.—Explicacion del grabado de modas. —Fray Juan.—La Caridad.— La Amistad.—El ropero.—El corredor de playa.—Revista de Cádiz.— Explicacion del figurin iluminado.—Problemas de ajedrez.

SOMBREROS NUEVOS.

Sombreros nuevos.

Véanse aquí las formas nuevas que se disputan el imperio de la moda en los sombreros que se han llevado hasta ahora. En este momento las modistas se ven precisadas á conformarse con los mas diversos gustos, porque los sombreros cuyos dibujos publicamos no están aun universalmente aceptados.

N.º 1.—Sombrero de tul blanco, compuesto de bullones transversales separados por gruesas cuentas negras. La guarnicion se compone de cintas de tafetan negro, y de mazorcas de maiz rodeadas de sus hojas. Un encage negro va puesto en el sitio que antes ocupaba el bavolet. Por dentro bullones de tul, y mazorcas pequeñas de maiz.

N.º 2.—Sombrero de tul gris-niebla, adornado con cabezas de plumas del mismo color del tul; al lado izquierdo va puesta una rosa del color muy vivo. Dos bandas de tul gris reemplazan los rizados que habitualmente forman el rostrillo; se las ata cruzándolas simplemente debajo de la barba, por cima de las bridas de cinta ancha gris; en lugar del bavolet se pone un lazo de la misma cinta.

N.º 3.—Sombrero de tul blanco, salpicado con cuentas de cristal muy pequeñas. Este sombrero es enteramente bullonado por encima y por debajo; una cinta ancha blanca rodea el sitio del bavolet, y forma un lazo encima de la nuca. Margaritas con gotas de rocio, rodeadas de yerbecillas y follages mezclado, adornan el sombrero por encima y por debajo; las bridas son de cinta ancha de tafetan blanco.

Estos sombreros tan ligeros, tan graciosos como pudiera ser un tocado, reemplazan á estos en todas aquellas circunstancias en que no se quiere tomar el trabajo de confeccionar los complicados edificios que constituyen los peinados modernos. Se le lleva al teatro como á visitas, á paseo como á las reuniones de tarde, etc. Mme. Aubert está hoy haciendo muchos sombreros de tul negro, bordados de cuentas negras, y guarnecidos con flores de colores.

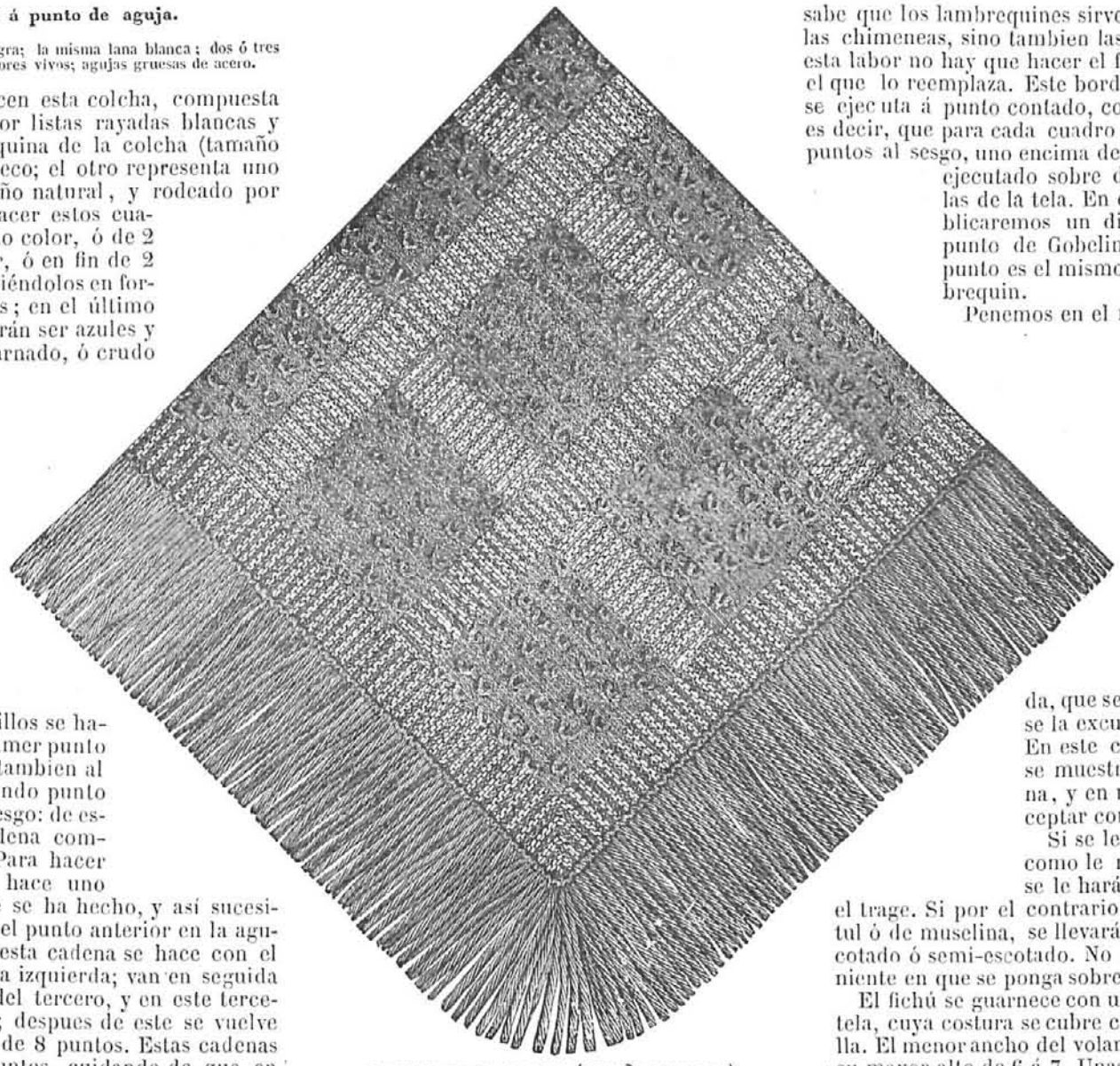
© Biblioteca Nacional de España

Colcha de lana á punto de aguja.

MATERIALES. — Lana céfiro negra; la misma lana blanca; dos ó tres puntos en la misma lana de colores vivos; agujas gruesas de acero.

Dos dibujos reproducen esta colcha, compuesta de cuadros separados por listas rayadas blancas y negras; el uno es la esquina de la colcha (tamaño reducido) rodeada de fleco; el otro representa uno de los cuadros en tamaño natural, y rodeado por las listas. Se pueden hacer estos cuadros de un solo y mismo color, ó de 2 puntos del mismo color, ó en fin de 2 diferentes tintas, disponiéndolos en forma de tablero de damas; en el último caso, estos cuadros podrán ser azules y verdes, ó Habana y encarnado, ó crudo y azul, etc. Para una colcha de un metro cuadrado, se emplearán, poco mas ó menos, 400 gramos de lana. Se arman, para un cuadro, 25 puntos, y se conserva siempre este número trabajando de ida y vuelta; en la 3.ª vuelta, y luego á intervalos regulares de 7 vueltas lisas, se forman los buclecillos que se ven en el dibujo. Para estos buclecillos se hace en la 3.ª vuelta el primer punto al derecho, el segundo tambien al derecho, y en este segundo punto se hace otro punto al sesgo: de este último parte una cadena compuesta de 8 puntos. Para hacer cada uno de estos se hace uno nuevo en el último que se ha hecho, y así sucesivamente, sin conservar el punto anterior en la aguja. El último punto de esta cadena se hace con el mas próximo de la aguja izquierda; van en seguida 3 puntos lisos despues del tercero, y en este tercero se hace otro al sesgo; despues de este se vuelve á comenzar una cadena de 8 puntos. Estas cadenas se repiten de 4 en 4 puntos, cuidando de que en las filas siguientes vayan encontradas. Cuando la labor forma un cuadro perfecto, se desmonta ó se principia un nuevo cuadro. Para cada lista se arman 7 puntos, y se hacen, siempre al derecho, dos agujas con lana blanca y otras 2 con lana negra, siguiendo en esta alternativa. Primeramente se reunen los cuadros haciendo las listas cortas, y luego se ejecutan las listas largas que atraviesan la colcha. La lista que va todo al rededor se hace de una sola pieza, es decir, que en cada esquina se mengua para terminar en punta, y luego vuelven á tomarse todos los puntos menguados, hasta tener otra vez el número de los que corresponden á la lista.

Se termina atando borlitas de lana compuestas de tres hebras; entre cada borla se pasan siempre dos rayas de la lista exterior. Este fleco es de un solo color si los cuadros son de una sola tinta, de dos colores si son dos los de la colcha.



ESQUINA DE LA COLCHA (TAMAÑO REDUCIDO).

Lambrequin con bordado Gobelino.

Esta especie de bordado está llamada á extender el dominio de la tapicería. Sirve para ejecutar mueblages magníficos; se le hace sobre reps de lana rayado de color liso, gris de lino, verde manzana, Habana ó crudo. Todos los dibujos de tapicería pueden emplearse para este bordado. Para las sillas se bordarán ramos; para cortinas y portiers guirnaldas; en cuanto á los lambrequines vamos á ocuparnos de ellos mas especialmente. Se sabe que los lambrequines sirven para decorar, no solo las chimeneas, sino tambien las cortinas y portiers; en esta labor no hay que hacer el fondo; el reps mismo es el que lo reemplaza. Este bordado, llamado Gobelino, se ejecuta á punto contado, como la tapicería comun, es decir, que para cada cuadro del dibujo, se harán 2 puntos al sesgo, uno encima de otro, cada uno de ellos ejecutado sobre dos rayitas de realce de las de la tela. En el próximo número publicaremos un dibujo representando el punto de Gobelino sobre canevas; este punto es el mismo que el de nuestro lambrequin.

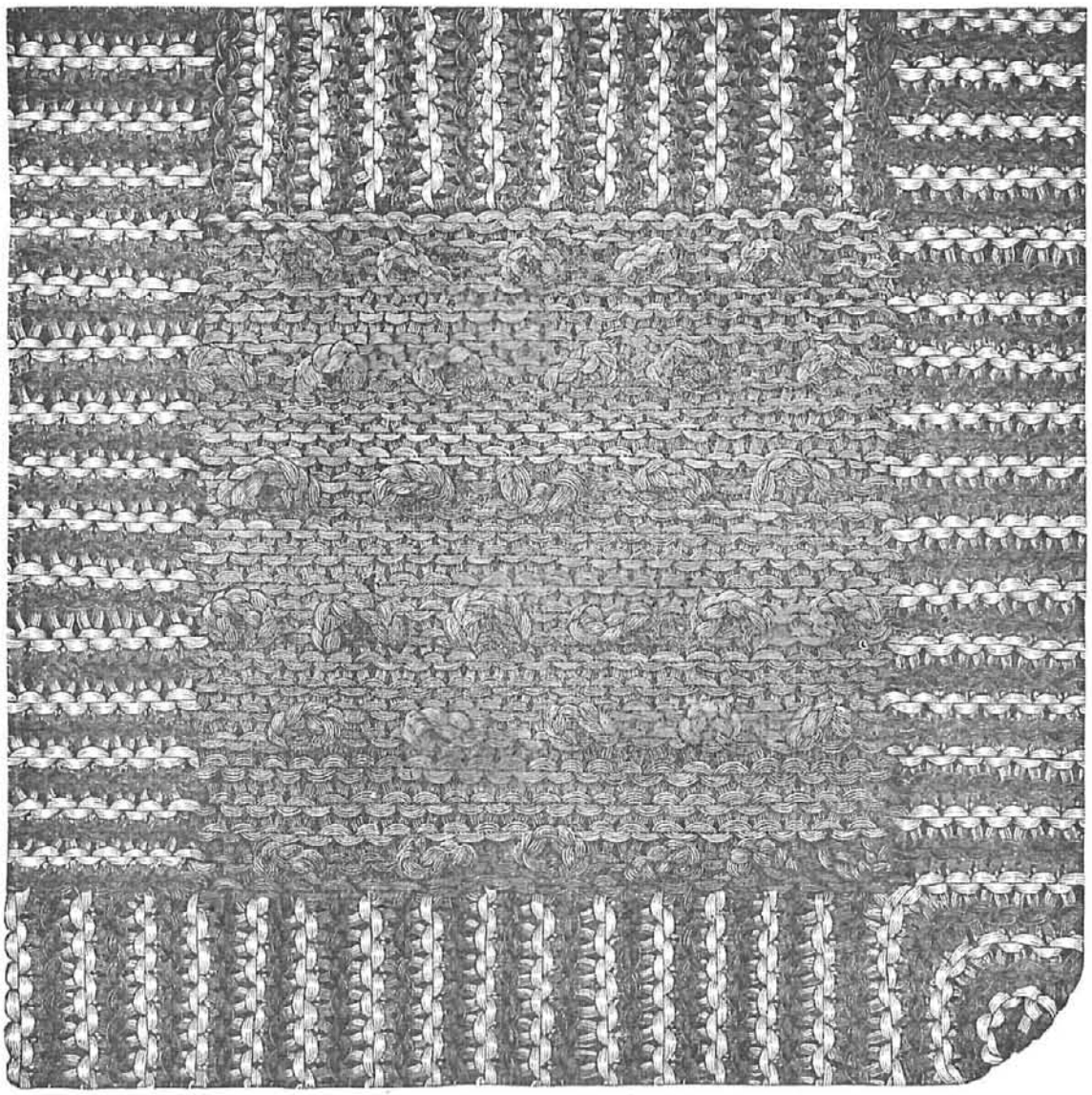
Penemos en el número de hoy dos dibujos sueltos, entre los cuales se podrá escoger. Los capullos de rosas figuran en nuestro lambrequin, que se hace de reps gris de lino, y se guarnece con un fleco de felpilla de *lana del mismo color* del fondo.

Fichú en forma de casaca.

Ved aquí una de las variedades de esta moda, que se disfraza para hacer que se la excuse y que se la adopte. En este caso, por lo menos, no se muestra demasiado masculina, y en rigor puede hacerse aceptar como tal fichú.

Si se le quiere reproducir tal como le representa el grabado, se le hará de la misma tela que el trage. Si por el contrario se le quiere hacer de tul ó de muselina, se llevará sobre un corpiño escotado ó semi-escotado. No hay tampoco inconveniente en que se ponga sobre un corpiño montante.

El fichú se guarnece con un volante de la misma tela, cuya costura se cubre con un cordon ó trencilla. El menor ancho del volante es de 2 centímetros, su mayor alto de 6 á 7. Unas presillas con botones reunen por detrás los faldones del fichú y le cierran por delante.



CUADRO DE LA COLCHA DE LANA, EN TAMAÑO NATURAL.

FRAY JUAN.

(Continuacion.)

Encontré su mirada: tenia tal expresion de tristeza, que me avergoncé de mi existencia. Quizás acababa de abrir de nuevo una herida profunda. Callé: salimos del cementerio.

Al dia siguiente Fr. Juan entró en mi celda.

Yo estaba escribiendo. El sobre de una de mis cartas le sorprendió en extremo. Involuntariamente habia leido: *Señora condesa de Langeac.*

Se puso muy pálido y apoyó ámbas manos sobre su pecho. Me daba miedo mirarle, tanta era la angustia que en su rostro se reflejaba. Entonces adiviné una parte de lo que me ocultaba.

—¡La condesa de Langeac!... murmuraba, pero en voz tan baja que yo apenas le oia. ¡Dios mio! Sin duda era esta mi prueba postrera! Hacia dos años que no habia oido ese nombre!

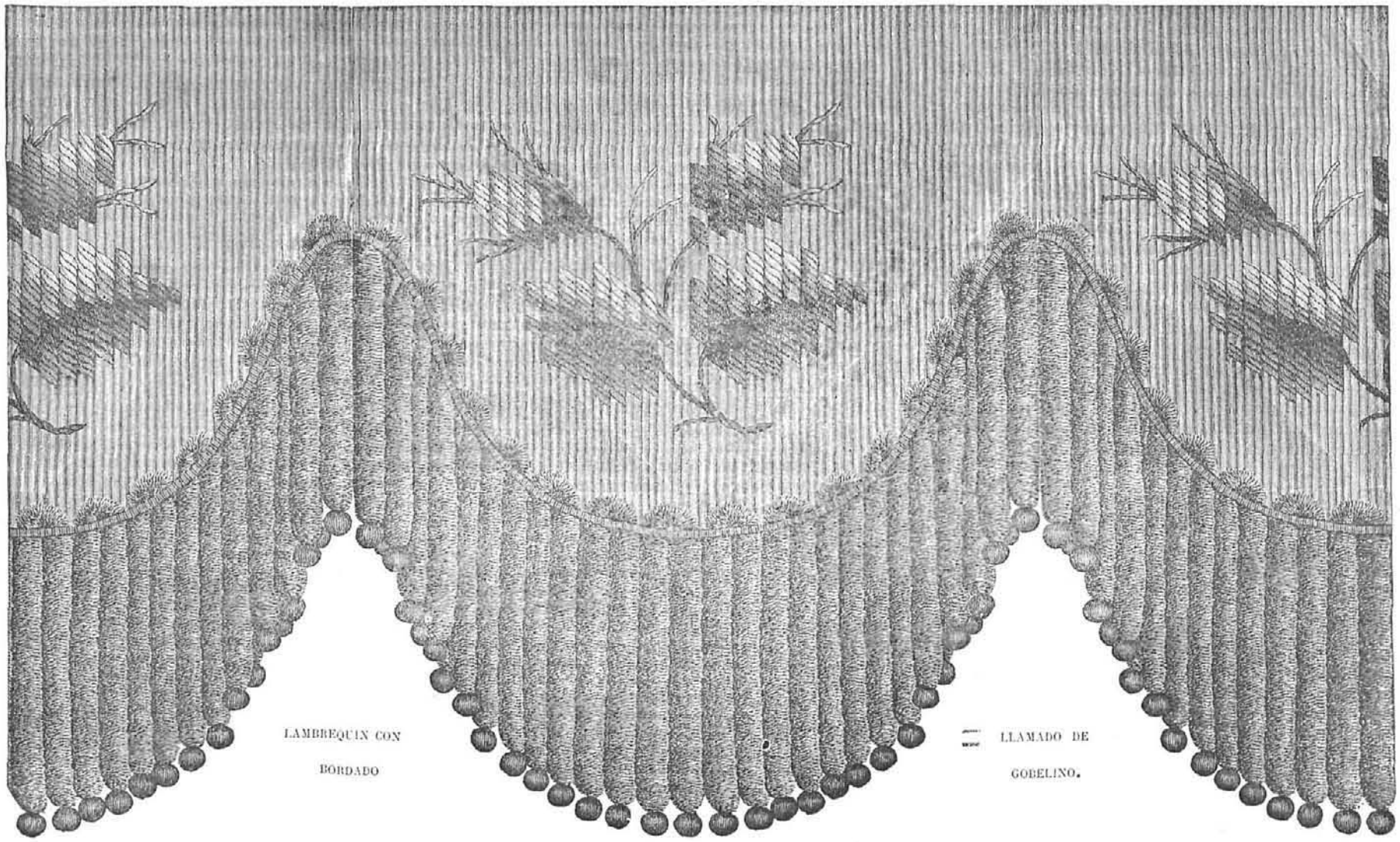
Le cogí la mano sin decirle una palabra.

—Lo sabrá V. todo, repuso, si, todo! Pero no ahora; no hoy! ¡mas tarde! ¡Oh, muy pronto, descuide V.

Quise apartar la carta que le habia producido una emocion tan penosa. Me la pidió de nuevo y volvió á leer el sobre.

—No se debe tener miedo de un hombre! dijo con

© Biblioteca Nacional de España



LAMBREQUIN CON BORDADO

LLAMADO DE GOBELINO.

voz ya mas serena: me juzgaba al abrigo de estas recaidas repentinas; sin duda he pecado por orgullo y Dios me *castiga*!

Entonces le pregunté si hacia mucho tiempo que conocia á la condesa de Langeac.

—No á *esa*, me respondió, no á esa á quien V. escribe. Aquella á quien yo conocí me aguarda en el cielo. Mire usted! porosiguió, ayer cuando me preguntó V. qué dolores me habian impulsado á encerrarme en un claustro, no quise, ó mas bien no *pude responder. Hoy posee V. ya la mitad de mi* secreto y no le negaré el resto que falta: me parece que Dios permite que V. lo sepa. Cuando vuelva usted aquí... ya no estaré yo... Vaya V. á ver al cura de Soligny... no tengo secreto para él, y enterará á V. de cuanto desea saber... ¡Ahora; adios! Sé que se marcha usted mañana... no debemos volver á vernos en este mundo... Voy á rogar á Dios por V. y por mí.

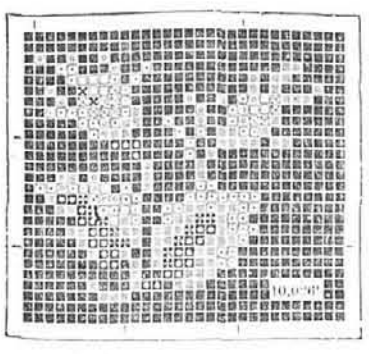
Estrechó mi mano y salió.

No he vuelto á ver á Fr. Juan.

En el otoño siguiente fuí á arrodillarme sobre su tumba para llorar y orar, y en seguida hice que me condujesen á casa del cura de Soligny.

II.

El cura era un hombra jóven todavía, alto flaco, con facciones angulosas. Era hijo de un campecino; su fisonomía *debia haber sido* ordinaria y vulgar, pero la santidad de su vida y la elevacion de sus pensamientos, siempre tendidos hácia Dios; le habian dado no sé qué carácter de dignidad sencilla que imponia respeto. Conocíase que era uno de esos robustos hijos del pueblo á quienes la fe va á arrancar de junto al arado para conducirlos *al altar*, la uncion del santo óleo le habia consagrado de una manera visible; el hombre nuevo habia hecho que desapareciese el antiguo. Por lo que á mí hace, me gusta en los sacerdotes de nuestras aldeas esa mezcla de rusticidad nativa y de santidad adquirida.



N.º 1.—DIBUJO PARA EL LAMBREQUIN.—Explicacion de los colores: ⁜ Negro. ◘ Verde oscuro. ▣ Menos oscuro. ▤ Mediano. ▩ Verde claro. ⁘ Rosa oscuro. ⊠ Menos oscuro. ◻ Rosa mediano. ■ Gris (fondo).

Le dije mi nombre.

—Sé cuál es el motivo que le trae á V. aquí, me dijo haciéndome sentar junto al fuego en su ancho sillon de madera negra. *El* lo ha querido. Obedeceré. Déjeme usted, únicamente que coordine mis ideas.

Alcanzó de los estantes de su librería un abultado volúmen que le servia de cartera y sacó de él *algunos papeles que colocó sobre la mesa; despues* permaneció algunos momentos pensativo y en seguida comenzó á hablar en estos términos:

—Ya sospechará V. que la historia de Fray Juan es una historia de amores. Temo referirla muy mal porque no sé hablar esa lengua. No conozco lo mas mínimo de esas grandes pasiones, como Vds. dicen, que turban las almas y trastornan la vida. En el ejercicio de mi ministerio, sobre todo aquí, en el fondo de estas campiñas, del amor no se conoce mas que la parte prosáica; la poesía no reside ya en el campo... Me corregirá V. cuando diga algo mal.

El buen sacerdote tosió, como lo hacia el domingo en el púlpito, entre cada punto de su sermon y apoyando sus dos manos cruzadas sobre sus rodillas, dijo:

—Fray Juan se llamaba en la sociedad Enrique de Simiane: era primo de aquel Jorge de Simiane que en Suecia tuvo una aventura novelesca con una gran señora de Stokolmo, cuyo nombre no he podido recordar nunca.

—La condesa Cristina de Rudden (1) le dije; estoy enterado de esa historia. Pero continúe V., por favor.

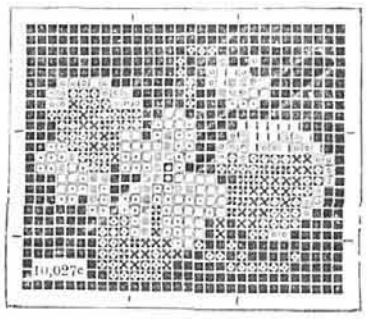
—La rama de los Simiane, á la cual pertenecia Enrique, es una de las familias mas antiguas, mas ricas y mas considerada de la magistratura de Burdeos. Su padre, á quien tuvo la desgracia de perder cuando era todavía muy jóven, habia ocupado en el tiempo de la Restauracion un puesto muy im*portante en la magistratura. Quedó, pues, Enrique* siendo hijo único de una madre que era una santa: esas madres, caballero, ruegan por nosotros y nos salvan.

Aunque él procedia de una raza noble y yo debia mi origen á una familia humilde de campesinos, nos criamos juntos por decirlo así. Hacia siglos que nuestra cabaña y su castillo se hallaban inmediatos. Al pronto tuvimos por maestro al anciano cura de nuestra aldea, quien muy luego nos hubo enseñado el excelente hombre cuanto sabia. Marchamos á Burdeos, siempre juntos. A pesar de nuestra diferencia de posicion, me trataba *como* á un amigo, como á un hermano. Yo le queria en extremo: Dios, mi madre y él eran los objetos exclusivos de mi cariño. Terminados nuestros estudios, nos fuimos ámbos á Paris, él para estudiar leyes y yo para entrar en el seminario de San Sulpicio. Nos separábamos por primera vez desde nuestra infancia: á él le llamaba la sociedad, yo huia *de ella. Sus relaciones, su fortuna, su natural* despejo, su figura, le aseguraban lo que se ha convenido en llamar *triunfos*... es decir, ocasiones frecuentes para pecar. A pesar de su disipacion siempre hallaba tiempo suficiente para venir todas las semanas á pasar una hora ó dos en el locutorio del seminario. Esos eran mis dias mas felices.

En vano era que yo me opusiera, pues á pesar mio me lo contaba todo... aun aquello que yo no queria saber. El corazon amante de los hombres muy jóvenes es como un vaso demasiado lleno: las confidencias se desbordan. Le reñia un poco y le daba buenos consejos; se disculpaba en tan buena manera que, si bien el sacerdote se lamentaba algunas veces, el amigo perdonaba siempre.

Cuando Enrique hubo concluido su carrera, volvió á Burdeos, en donde vivia su madre, y defendió varias causas con éxito bastante brillante. Tenia fortuna y consideracion, ese esplendor de la juventud: nada le faltaba á su felicidad. Pero las alegrías de este mundo duran poco, y el hombre cuenta muy pronto sus dias de ventura.

Tenia Enrique treinta años cuando el conde y la condesa de Langeac vinieron á establecerse en Burdeos. La condesa era una Simiane y prima de Enrique, quien habia sido su compañero de *infancia. Luego se* habian perdido de vista mútuamente cuando Enrique recibió una esquela participándole el casamiento de su prima con el conde de Langeac. «¡Querida Alina!» dijo, estrujando un poco la esquela en



N.º 2. — DIBUJO DEL LAMBREQUIN. — Explicacion de los colores: ⁜ Negro. ⁘ *¡Verde oscuro.* ◘ Menos oscuro, ▣ mediano, ' claro. ◻ Amarillo. ▣ Violeta escuro. ⊡ Violeta menos oscuro. ▢ Violeta claro. ■ Gris (para el fondo).

(1) Véase «Cristina» novela del mismo autor.

© Biblioteca Nacional de España

su crispada mano. Luego volvió á dedicarse á sus placeres y á sus negocios.

Mas tarde, cuando volvió á ver á su prima casada con otro, perdida para él y en todo el esplendor de su belleza, experimentó una especie de pena vaga; pensó que era muy hermosa, mas aun que antes... y que hubiera podido ser suya: pensó que habia tenido su felicidad en su mano y que no habia sabido guardarla... Enrique se hallaba á la sazon en esa fase crítica de la vida en que el trabajo no basta todavía y el placer no basta ya. A los treinta años el hombre se halla en toda la plenitud de su vida: ha llevado la mano al árbol de la ciencia y sabe distinguir el bien del mal: sus desengañados labios se apartan de los goces sobrado fáciles; aun no está vacia la copa, pero si todavía no ha gustado sus amarguras secretas, las adivina ya. ¡Entonces es cuando el corazon que aun no se ha consagrado á Dios ó á algun amor lícito y noble, se pregunta á sí mismo si no es todo vanidad y mentira en este mundo! Y entonces se petrifica en el egoismo, ó bien, si todavía puede amar, se aferra á sus pasiones con una energía desesperada. La experiencia de lo pasado le repite en voz baja que aquel nuevo amor es tambien una ilusion. Otra voz, una voz mas querida, le responde que es su ilusion postrera, y ama con no sé qué amor razonado y qué locura formal, á los cuales no se acercan ni con mucho las floridas pasiones de la juventud primera. Un hombre que ama verdaderamente, despues de los treinta años, pone su existencia entera, toda su alma, en manos de una mujer... ¡y hace mal!»

Miré al buen sacerdote, quien sostuvo mi mirada con serena impasibilidad.

—Sí, repuso con dulzura; ¡*creo* que hace mal! Sea de esto lo que quiera, Enrique amó muy luego á la condesa Alina de Langeac.

—¿Era hermosa? le pregunté.

—La mujer amada siempre es hermosa, respondió. Por lo demás, V. mismo podrá juzgarlo.

El sacerdote se levantó al acabar de pronunciar estas palabras, pasó delante de mí diciéndome que era para enseñarme el camino, y me hizo entrar en un cuartito situado al lado del suyo. En la desnuda tápia habia un cuadro colgado. El cura le habia cubierto con una cortina, como si hubiese temido enervar la austeridad de sus pensamientos con la contemplacion de una imágen demasiado hermosa. Pero ¿no hay tanto mérito en huir de la tentacion como en vencerla?

Descorrí la cortina, y ví el retrato. Era pintado por Ary Scheffer.

El pintor de Margarita y de Mignon rara vez habia trasladado al lienzo con mas fortuna ese tipo ideal de la mujer, que nadie ha soñado mas poéticamente en este mundo. La condesa Alina estaba sentada en uno de esos grandes sillones góticos cuyo blasonado respaldo esculpian los artistas de la edad media para las castellanas, sin buscarla habia encontrado una de esas posturas melancólicas que parecen la expresion del abandono y del dolor. No se describe la belleza de la mujer, sobre todo cuando esa belleza procede de la expresion de la fisonomía mas bien que de lo correcto de las facciones; lo que Ary Scheffer habia pintado era el alma visible, era el alma que se reflejaba en aquellos labios apenas entreabiertos por una sonrisa leve, en aquella frente de delicadas curvas, llena de meditacion y de pensamientos. Dos largas trenzas de pelo de un rubio plateado, levantadas hácia las sienes, le formaban como una diadema. Pero una nubecilla sonrosada que se detenia en sus pómulos algo salientes revelaba ¡ay Dios! que era de esas mujeres que mueren jóvenes. Sus manos largas y delgadas, en las que se veia correr por la trasparencia de la piel la red azul de las venas, eran tan blancas que parecian diáfanas. Al verla comprendí que debia ser difícil conocerla sin amarla.

—¡Héla ahí, dijo el cura con tono grave al ver que yo no podia separar mis ojos de aquel retrato que ofrecia ya tanto interés para mí, héla ahí tal como era!

—Tiene V. razon, repuse, era muy hermosa.

—¡Y tan buena! Los desgraciados la llamaban su madre ó su hermana, no solo porque distribuia entre ellos todos sus ahorros en dávivas, sino porque los visitaba, los cuidaba y los queria; hacia la limosna del corazon! Cuando nada tenia ya que dar, todavía hallaba una palabra, una sonrisa, una mirada, y la amaban por aquella mirada, por aquella sonrisa, por aquella palabra.

Sin embargo, su marido, cansado de la vida de familia, y tambien ¡quien lo creyera! del amor de una mujer honrada, abandonó un dia la morada de sus antepasados y vino á establecerse con mas libertad á los caprichos que nacen de la holganza y del tédio de esos pobres ricos. Burdeos, ya lo sabe V., era entonces una ciudad de placeres.

Pero no nos detengamos en tristes pormenores. Los encontrará V. en mas de una historia como esta; además, una sola cosa se lo explicará á V. todo. El conde de Langeac se convirtió en amante de una mujer del teatro!

El buen sacerdote pronunció estas palabras con una especie de indignacion mezclada con una sorpresa virtuosa.

—¡Sí señor, una bailarina! prosiguió, viendo que yo no interrumpía, y que llegó á ser algo célebre en su tiempo. El conde se volvió loco perdido por ella... Es cosa de pensar que esas mujeres tienen hechizos para hacerse amar!

Mr. de Langeac se contuvo al pronto y observó las reglas del bien parecer; pero sin duda no era esto lo que la bailarina queria: se proponia ostentarle como amante suyo á los ojos del mundo. El conde llegó muy pronto al colmo de la vergüenza; no se tomó ya el trabajo de ocultar sus desórdenes, ni siquiera se dignaba engañar á su mujer: la abandonaba. Apenas reaparecia de vez en cuando á las horas de comer, y entonces su impaciencia y su mal humor revelaban por demás su preocupacion, y quizás tambien los remordimientos que ya sintiera su alma.

Sucede asi con frecuencia.

Se reserva para los demás el encanto de la sonrisa, la seduccion de los modales, la gracia del talento, y al hogar de la familia solo se lleva un semblante frio, un aspecto tieso, una frente cargada de tédio. La condesa se sintió herida en el corazon; pero quiso cumplir hasta el fin con su deber de mujer y de cristiana. Procuró atraer de nuevo á su marido por medio del cariño, de los consejos ó de los ruegos. Todo fué inútil.

Los ruegos le fastidiaban, los consejos no los escuchaba; las lágrimas se deslizaban, sin producir ningun efecto, sobre aquel corazon de bronce. Para librarse de lo que él denominaba escenas desagradables, rompió por completo con la vida interior, pasando los dias en el *club* y las noches en casa de su querida. Una vez estuvo tres dias sin parecer por su casa. La condesa adoptó la resolucion de escribir.

Enrique de Simiane me ha legado esa carta con el retrato de su prima.

(*Se continuará.*)

FICHÚ EN FORMA DE CASACA, VISTO POR DELANTE Y POR DETRAS.

© Biblioteca Nacional de España

LA CARIDAD.

Vírgen encantadora,
Sublime Caridad, hija del cielo,
En quien Dios atesora
Sus dones de consuelo
Para esparcir la d cha en este suelo.
. . . . . .
Tú al mísero afligido
Devuelves, en su angustia, la esperanza:
Por tí el arrepentido
Un porvenir alcanza;
Tú esparces en el mundo la bonanza.
. . . . . .

(ANGELA GRASSI.—*La Caridad.*)

I.

Al hablar de la Caridad, de esa virtud la mas sublime y consoladora de todas las virtudes, la primera figura que aparece ante mis ojos es su mas bella imágen en la tierra.

¿Quién de vosotros, lectores mios, no ha visto alguna vez á esas mugeres que visten un pobre y grosero sayal negro, que cubren su frente y sus cabellos con una toca de linó y se envuelven en un manto de lana?

¿Quién de vosotros no conoce y ama á las nobles y generosas hijas de San Vicente de Paul?

Esas mugeres, hermanas de la Caridad, y encargadas de la santa mision de esparcir sus beneficios y sus consuelos sobre la tierra; esas tiernas y amantes criaturas no tienen patria. Descienden del cielo, y donde se sufre allí está su hogar; el que padece es el objeto de sus mas solícitos cuidados; la ancianidad, la juventud, la infancia, ven en ellas sus ángeles de paz.

Hállanse en medio de las batallas, en los hospitales provisionales destinados á recoger los cuerpos mutilados de los heridos, en los incendios, en las epidemias, en todas partes, en fin, donde hay dolores que aliviar, desgracias que socorrer y lágrimas que enjugar.

La mas hermosa y sublime de las obras de la célebre y nunca bastante alabada Madama de Genlis, de esa muger que fué á un mismo tiempo la mas bella dama de la córte de Francia, la escritora mas eminente y la madre de familia mas ejemplar: la mas hermosa obra de esa mujer incomparable, está destinada á pintar la abnegacion y el heroismo de las hermanas de la Caridad: el que haya leido *Clara de Rosemberg ó el Sitio de la Rochela*, no podrá olvidar fácilmente las gentiles y preciosas figuras de las hospitalarias Clara y Honorina, y á la evocacion de este recuerdo, las verá ante los ojos de su imaginacion, recorrer las salas del hospital de la Rochela, envueltas en blancos velos y llevando en las manos el vaso de alabastro que contiene el bálsamo que alivia las heridas de los soldados.

Ni una sola de esas mugeres he encontrado que no tenga el rostro sereno y apacible como su corazon y su conciencia: he visto bajo ese hábito, ancianas de noble y benévola fisonomía; mugeres, que llegan apenas al estío de la vida, de mirada dulce y elocuente sonrisa, y he visto tambien jóvenes en la aurora de sus años de rostro hermoso y de cándidas y risueñas facciones; pero en todos sus semblantes se nota un sello de amor, de resignacion y de suavidad que jamás he hallado en los de otras mugeres.

Las hermanas de la Caridad son mas heroinas á mis ojos que Juana de Arco y la Varona castellana: éstas se olvidaron de su sexo para hacer alarde de su valor; aquellas conservan además de todos los privilegios del suyo, el mas hermoso y envidiable: el de hacer bien á sus semejantes.

La caridad de esas criaturas es inagotable.

El pobre huérfano á quien su madre abandonó, halla en cada una de ellas una verdadera madre muy distinta del mónstruo á quien debe el ser.

El anciano enfermo y desvalido encuentra en ellas una hija que le cuida con solicitud y amor.

La pobre jóven á quien la miseria y el extravío conducen al mísero lecho de un hospital, halla una hermana, en la que lo es de la Caridad.

Y esas mugeres egercen su santo ministerio en la oscuridad, sin testigos de su heroismo, sin alabanzas, sin galardon de ninguna especie en el mundo; su abnegacion es silenciosa é ignorada; la admiracion de aquellos á quienes alivian y consuelan hace enrojecer sus frentes; ellas se contentan únicamente con la aprobacion de Dios.

La hermana de la Caridad renuncia á ser esposa y madre, para serlo de la gran familia humana; renuncia á los goces del hogar doméstico para ir á derramar la paz y la dulzura en los extraños hogares; sepárase del mundo, de sus placeres, de sus galas, para ir á empaparse en las lágrimas agenas, para curar dolores que no la pertenecen, para aliviar padecimientos que no son suyos.

Ellas no ven mas que la esperanza de hacer el bien en todos sus sacrificios; pero la Esperanza las muestra una

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de linó blanco. —La enagua se guarnece con dos volantes, cada uno de 6 centímetros de alto, y que se componen de 3 cañones separados por un espacio plano, sobre el cual van cuatro cintas de terciopelo negro; corpiño-sayo; mangas estrechas.

Trage de moer gris, orlado por un volante muy ligeramente fruncido, y sobre él un enrejado de cintas estrechas de terciopelo negro y terciopelo azul, terminados por borlillas negras y azules; esta misma guarnicion forma una berta y una faldeta al rededor del corpiño montante; mangas estrechas.

© Biblioteca Nacional de España

corona en el cielo.

La Fe, la Esperanza y la Caridad se sostienen mútuamente y se aman tanto que no se separan jamás.

¡Solo una religion como la nuestra pudiera producir tan benéficas, hermosas y consoladoras hijas.

II.

La *Caridad* es tan sublime y generosa que dá cuanto tiene, y á veces dá tambien lo que no posee.

La imágen de San Martin, dando la mitad de su capa á un pobre, me ha conmovido siempre profundamente.

La Caridad es una virtud ardiente y apasionada: es un amor indecible á todo el que padece; que solo puede provenir de un rayo del Espíritu de Dios.

El egoismo, ese asqueroso reptil, con cuerpo de acero, y garras de hielo, huye temeroso de la Caridad: la teme y aunque quisiera exterminarla, nunca se atreve á dirigirla sus tiros cara á cara, ni á penetrar en los sitios que habita, porque es cobarde y ruin.

Los egoistas no saben de qué placer se privan por no conocer á la *Caridad*. Esos desgraciados séres están constantemente sufriendo, pues cuanto poseen les parece poco y pasan su vida deseando mas comodidades y un bienestar completo, como si este existiese en el mundo; mas cuando creen llegar al pináculo de su dicha, cuando se convencen de que van á ver satisfechos todos sus deseos, otros deseos nuevos se alzan en su corazon y realizan la fábula de las culpables jóvenes que fueron condenadas á llenar una vasija sin fondo.

La tarea de los egoistas como la de estas desgraciadas, es interminable: no tuvo principio ni tendrá fin, y todo lo que con ella logran es conquistarse pedazo á pedazo la condenacion eterna.

Detrás del egoismo viene siempre la avaricia, la avaricia, que no deja sueño en los ojos, risa en los lábios, ni alegría en el corazon: la avaricia, verdugo del que la abriga en su seno, pues semejante al vampiro, chupa su sangre hasta dejarle sin vida.

El egoismo es el mas vil de todos los defectos y la avaricia la mas sórdida de todas las pasiones, y uno y otra causan tantas desgracias, que si pudiéramos verlas quedaria helada la sangre en nuestras venas.

Para el egoista no hay afectos, ni amor, ni amistad, ni familia: todo lo sacrifica á su propio bienestar, pero nada basta á conseguirlo.

La avaricia lo sacrifica todo al placer de aumentar, pero su loco anhelo no la deja ver su propia miseria, pues de todo le priva y le hace vivir sin pasado, sin presente y sin porvenir.

Tú sola ¡oh sublime Caridad! puedes borrar con tus merecimientos las culpas del egoismo y de la avaricia! ¡Tú sola puedes, con la luz purísima de tu belleza, iluminar los culpables abismos que se abren á sus piés esos mensageros del infierno!

Porque tú eres, como tu madre la Religion, y como tus hermanas la Fe y la Esperanza, mensagera de Dios en la tierra y santa habitadora del cielo.

Tú llevas en tu manto el consuelo y la alegría.

Tú enjugas con el llanto amargo de la viudez las tristes lágrimas de la orfandad.

Tú amas á Jesucristo en el mendigo andrajoso y macilento; y la pureza inmaculada de tu ropage y la blancura de tus alas cobran nueva brillantez al rozarse con la miseria que constantemente procuras y consigues aliviar.

III.

La Caridad extiende tanto sus beneficios, que es imposible señalarles un término.

No se contenta con dar pan al hambriento, con vestir al desnudo y con aliviar todos los dolores; la Caridad perdona tambien las ofensas y no hay injurias que no haga olvidar su plácida dulzura: ella pone una venda ante los ojos para ocultar á su mirada los defectos de los que nos rodean, y nos hace la vida risueña y feliz.

No creais, lectoras mias, que la Caridad exije al que ha de practicarla que se cubra de tosco sayal, ningun penoso sacrificio nos impone la virtud en general para que la practiquemos, y de todas las virtudes no hay ninguna que tan suave y fácilmente pueda egercerse como la Caridad.

En todas las situaciones de la vida puede practicarse.

La muger que por su elevada posicion, concurre todas las noches á brillantes saraos, si huye de la punible murmuracion, si es indulgente, si muestra esa suave dulzura que emana de un corazon sano, si evita la crítica mordaz, en la cual por otra parte no puede mezclarse sin que su decoro se degrade, egerce la Caridad.

La madre de familia que enseña á sus hijos pequeñuelos á que den á un pobre niño mendigo el dinero que iban á emplear en dulces, ó los dulces mismos que acaban de comprar, egerce la Caridad de un modo muy agradable á los ojos de Dios.

El hombre que enseña á sus criados con dulzura y humanidad lo que necesitan saber para salvarse, y cuida de que cumplan con las prácticas de nuestra santa religion, egerce la Caridad de una manera muy meritoria.

El que paga bien y puntualmente á los artesanos que emplea en su servicio, egerce tambien la Caridad.

Esas mugeres nobles y hermosas, que dejan las comodidades de su gabinete para ir á visitar y socorrer en las bohardillas las miserias ignoradas y enjugar las lágrimas del infortunio, egercen la Caridad de un modo admirable.

Así, pues, no creais, jóvenes lectoras mias, que únicamente os es dado admirar á la Caridad y á sus hermanas, sin practicarla: la virtud puede egercerse en todos los estados, en todas las circunstancias de la vida; la virtud no es adusta: si tal os parece, es porque no os la pintan con su verdadero colorido.

Quizá el deber amedrenta porque no siempre se le comprende.

Para hacerle comprender diré que la sola palabra deber, tiene un encanto indecible para la muger que abrigue una alma tierna, cualidad, que por fortuna, dejan muy pocas de poseer, y que su cumplimiento nos alcanza dos recompensas; una en la tierra con la satisfaccion interior que se experimenta con el mero hecho de practicarle, y otra en el cielo, mas grande, mas gloriosa, porque se recibe de las manos de Dios.

IV.

La Caridad es un deber para todos en general; pero este deber se convierte en un placer muy dulce para la muger.

Porque es innegable que la muger ha nacido con un caudal mas rico de sentimiento que ha sido otorgado al hombre.

El destino, la principal ocupacion de la muger, es el amor: ¿y qué otra cosa es la Caridad que un amor grande, generoso y purificado?

La muger debe ser indulgente por carácter y por corazon, y la indulgencia bondadosa es tambien Caridad.

El sexo fuerte tiene ocupaciones y cuidados de que nosotras estamos exentas; porque, á mi juicio, el deber del hombre es procurar á su familia la subsistencia y el bienestar: el de la muger se reduce á administrar bien y celosamente lo que su marido gana y embellecer todo cuanto le rodea.

El cálculo y el trabajo constituyen la vida del hombre: la de la muger está únicamente consagrada al amor.

Porque amar á su esposo es procurar que halle en su hogar comodidades y bienestar.

Amarle es recibirle cariñosamente: amarle es conservar en su alma una alegría sincera é igual.

Amarle, en fin, es cuidar de que los objetos en que se fijen sus ojos le sean agradables.

La Caridad debe ser, pues, una ocupacion en la muger por avenirse mejor con su organismo y con el destino que el cielo la ha deparado sobre la tierra.

A la muger que reciba en su pecho á esa bella hija de la Religion, Dios la colmará de dichas y de prosperidades; en pos de la Caridad vendrán la Esperanza y la Fe, y su vida será feliz y estará exenta de pesares, pues no hay padecimiento que no endulcen esas mensageras del cielo.

Sí. ¡Feliz aquella que las abriga bajo su techo!

¡Feliz la que consigue que se reclinen en las cunas de sus hijos!

¡Feliz la que les rinde el amoroso culto que merecen!

Las bastardas pasiones no combatirán jamás su seno.

La felicidad no se apartará de su hogar! Porque la felicidad existe en nosotros mismos y solo una conciencia pura puede darla.

Si por vuestro daño habeis nacido con una imaginacion ardiente, no la calcineis con sueños vanos.

El poder y la gloria no se han hecho para la muger.

Su poder está en el ascendiente que puedan darle su dulzura y el exacto cumplimiento de sus deberes.

Su gloria en la práctica de las virtudes.

Su felicidad depende de que la sostenga la *Fe*, la halague la *Esperanza* y la anime la *Caridad*.

María del Pilar Sinues de Marco.

LA AMISTAD.

A EMILIA.

Cuando muriendo entristecido el dia
El sol entre flotantes aureolas
Se pára en el ocaso todavia
Para verse en las olas;

Cuando ya las estrellas indecisas
Fulguran ante el mundo que las ama,
Y suspirando las cansadas brisas
Se duermen en la grama;

Yo sueño con un ser pálido y bello,
Yo sueño con un ser tierno y sombrío,
Que trae los pies desnudos y el cebello
Húmedo de rocío.

Que trae heladas las hermosas manos,
La frente triste, la sonrisa incierta,
Y vá con ecos dulces aunque vanos
Llamando á cada puerta.

¡Es la Amistad! Con ruego enternecido
A los hombres hogar pide temblando,
Pero vá como un ángel dolorido
Decepciones llorando.

¡Oh! piensa, cara Emilia, Emilia hermosa,
Que esa hada melancólica é incierta
Es mi amistad que helada y temblorosa
Ha llegado á tu puerta.

Ábrele por piedad tu asilo bello,
Y conmueva tu seno dulce y pio;
Que trae los pies desnudos y el cabello
Húmedo de rocío.

Luisa PEREZ de ZAMBRANA.

EL ROPERO.

Tendido en muelle cogin
y entre mi arabesca bata,
en pipa de ámbar y plata
convierto en humo mi esplin.
Juega el aire bullidor
en mi florida persiana,
y me trae de su mañana
el aroma seductor.
Quiebra el sol un débil rayo
sobre mis pintadas flores,
y aspiro entre sus olores
el grato soplo de Mayo.
De la fugitiva sombra
que escapa del pavimento,
saltan con su movimiento
las figuras de mi alfombra.
Y pájaros que adormidos
en cárcel guardo de oro,
cantan en festivo coro
de amores correspondidos.
Un recuerdo encantador
asalta mi mente loca,
y se escapa de mi boca
¡ay! un suspiro de amor.
Amante y fiel caballero
que vive para quien ama,
salgo por ver á mi dama,
y á elegir voy al ROPERO.
Para mi gusto imagino
con chorrera de escamilla,
plegada hasta la golilla
camisa de lienzo fino.
Casi ajustado calzon
que se pliega en la cintura,
y en la pierna se asegura
con una cinta ó boton.
Para el pié, poco cavilo,
pues dulcemente prensado,
queda limpio y bien guardado
con un calcetin de hilo.
De negro raso bruñida
cinta al cuello me coloco,
que apenas le sobre un poco
del lazo en que vá prendida.
Y dejando al pecho flanco
contra aquel negro exquisito,
visto, labrado en granito,
chaleco de piqué blanco.
Vale mas que un Potosí
claro color de avellana,
de dulce y flexible lana
pantalon de casimir.
Haga de mi pié su presa,
aunque soy muy español,
el zapato de charol
con cinta y lazo á la inglesa.
Poco falta y es seguro,
si en mi visita temprana,
un levita de mañana
me pongo castaño oscuro.
Sombrero negro es señor:
baston de flexible caña
completa al dandy en España
con guante medio color.
Cinta negra en el reló,
un brillante á la pechera,
¡mañana de primavera
así por ti visto yo!
Mas por Dios desgracia tuve
con vestirme tan de prisa,
que anubla el sol su sonrisa
en parda y pesada nube.
El aire azota con brio
sacudiendo la persiana;
voy á cerrar la ventana
pues casi lastima el frio.
Llevo el traje muy ligero
para mañana tan cruda;
puesto que el tiempo se muda
voy á mudarme al ROPERO.
En mi eleccion esmerada
sírvele de fuerte escudo
á mi pié casi desnudo
negra bota charolada.
En este cangeo tomo
un pantalon nada extraño,
casimir doble de paño
que es liso y color de plomo.
Ancho pecho y bien cortado
que en pintarle así no peco,
en vez del blanco chaleco
tomo un chaleco alfombrado.
Siendo casimir de lana,
su dibujo es de ramaje,
imitando olas de encage
sobre limpio fondo grana.
Que perdone el paletot
si elijo en esta jornada

© Biblioteca Nacional de España

la levita agabanada
de doble paño pilot,
Que apenas cruza el abrocho
oprimiendo en la cintura,
dá al pecho y cadera anchura
formando elegante ocho.
Mas.... razones oportunas
me ponen un poco á raya,
pues no es razon que me vaya
á hablar de amor en ayunas.
¡Cuál salpica en mis cristales
ese turbion desprendido,
que desde el mar absorbido
arrastran los vendavales!
¡Ay, hombre que tanto fraguas!
tú que todo lo aprendiste,
¿para qué ese mueble hiciste
con el nombre de paraguas?
Mas todo en tí es reparable
porque para el aguacero
aun conservo en el ROPERO
mi capota impermeable.
.....
La mesa tengo servida,
y por Dios no es un delito
que yo sacie mi apetito,
pues la vianda convida.
Un tasajo de ternera
nunca en mi mesa le esquivo,
que estoy por lo positivo
por mas que pese á un cualquiera.
No es mi mesa tan mezquina,
ni es tan pobre mi mantel;
tengo en otro plato el
menudillo de gallina.
¿Jerez seco? ¡Bien me vino!
Con una copa me basta.
¡Buena boca! ¡Es una pasta!
Vaya otra copa... ¡Buen vino!
Y pues mi apetito escapa
de mi saciedad al peso,
le saco una raja al queso
y al pan le corto la tapa.
Que aunque la crítica arrostre
de algun amante pobrete,
siempre ha sido mi banquete
pan, queso y vino mi postre.
Vale mas que el mundo entero
este sabroso licor,
¡por Dios que tengo calor!
¡Hola! cesó el aguacero!

José SANCHEZ Y ALBARRAN.

(*Se concluirá.*)

EL CORREDOR DE PLAYA.

(CONTINUACION.)

—¿Qué os ha dicho el soldado? exclamaron todos al ver que el ciego se presentaba solo en la puerta de la cabaña.

—Un mensaje de mi hermano Luis; me ha recomendado el mayor secreto, dice que es un presente de uno que reconocemos mucho.

—¡De M. de Milval! exclamó la jóven.

—¿Qué disparate! ¿Cómo M. de Milval nos habia de enviar nada por medio de tu tio? Abre el paquete y sepamos lo que significa este misterio.

Bella abrió el envoltorio y el medallon cayó sobre la mesa.

—¡Ah! ¡el retrato de su madre para recompensar nuestros cuidados!

Y abrió el medallon con trémula mano.

—¡Cuántos brillantes! dijo la tia Clara palmoteando; ya sois rico, hermano.

—¡Es todo un tesoro! dijo José.

—¡Qué generoso! murmuró Bella conmovida.

Este retrato era el único recuerdo que conservaba de su madre: nos da lo que mas quiere en el mundo.

—Pero ¿cómo ha venido ese retrato á poder de mi hermano?

—¿No os lo ha dicho el soldado?

—No.

—Quizá M. de Milval le habrá enviado al tio Luis con un mensajero seguro. Pero aquí hay un pliego: sin duda es la explicacion de este extraño mensaje.

Y la jóven desdobló la hoja de papel y leyó con dificultad lo siguiente, mientras los demás escuchaban con ansiedad:

«Hoy 13 de Julio de 1794, ha comparecido ante nos maese Berginan, notario de la ciudad de Nieuport, M. Edmundo de Milval, nacido en Bergues de Francia el cual, en su cabal razon y salud ha declarado en presencia de testigos instituir por su heredera universal á Bella Stock, hija de Simon Stock, pescador de Adinkerke...»

Bella palideció y miró aterrada á su fin.

—¡Eso es un testamento! dijo esta.

¡Un testamento! ¡Lo que prueba que va á morir... que ha muerto quizá! repuso la jóven abandonándose en brazos de su padre, deshecha en lágrimas.

—Vamos, Bella, serénate, ¿no acabas de leer que M. de Milval gozaba buena salud cuando ha hecho ese testamento?

—Prima, prima, vos no reflexionais...

—¡Pero un testamento no se hace hasta que se va uno á morir, padre!

—¡Qué niña eres! Eso es lo general; pero ¿no comprendes que la intencion de M. de Milval ha sido hacer su testamento por si no logra escapar á los peligros que le rodean? Ese papel te prueba que al presente está sano y salvo, y deberias dar gracias á Dios en vez de afligirte.

La jóven, reanimada por las palabras de su padre, tomó de nuevo el papel, y entonces advirtió que en la otra cara habia algunas líneas escritas con lápiz; dió un grito y murmuró:

—¡Ah! esto está escrito por su propia mano.

Todos aguardaron con ansiedad; pero apenas la jóven hubo recorrido las primeras líneas, dió un grito, su rostro se cubrió de mortal palidez, el papel se escapó de sus manos, quiso hablar y sus lábios se negaron á articular palabra...por fin haciendo un esfuerzo exclamó con acento desesperado:

—¡Ha caido en poder de las tropas! ¡va á morir! ¡padre, padre! ¡á Nieuport, pronto, á Nieuport antes que muera!

Y arrastró vivamente á su padre; pero en breve las fuerzas le faltaron y cayó sin sentido á sus piés.

XIII.

En un pequeño cuarto de una granja abandonada cerca del campamento, el capitan Luis Stock, sentado ante una mesa se ocupaba en escribir. La herida de la mano no debia causarle gran dolor, por mas que al moverla se notaba que lo hacia con cierta dificultad.

A poco tocaron en la puerta y un subteniente entró; tenia una carta en la mano, y le dijo despues de hacerle el saludo de ordenanza:

—Capitan, os traigo un mensaje del comandante.

Luis Stock abrió la carta, la recorrió con la vista, y dijo:

—¿Conoceis el contenido de esta carta?

—Sí, capitan, el comandante pide trescientos obreros mas.

—¿Hasta tal punto ha destruido el enemigo nuestras trincheras? Yo creí que su tentativa hubiera sido inútil.

—Por el contrario, las ha destruido en gran parte y clavado dos cañones; ahora que tendrán que rehacerse el comandante quiere reparar los males causados.

—En hora buena; dentro de una hora los trecientos hombres que pide estarán allí.

—El ciudadano comandante me ha encargado tambien que os pregunte por vuestra herida: veo que es peligrosa.

—No tal, un bayonetazo insignificante en la mano derecha.

—¿El general en jefe no ha vuelto aun?

—No: le aguardamos de un momento á otro. Adios, y saludad á los amigos en mi nombre.

En cuanto el subteniente dejó la estancia, Luis Stock volvió á escribir de nuevo. Dobló sucesivamente tres hojas de papel y despues llamó: un sargento se presentó en el dintel de la puerta.

—Que se lleven al instante estas órdenes; ¿no se ha apercibido ningun movimiento hácia el cuartel general que indique la llegada del jefe?

—Ninguno, mi capitan.

—Id pronto.

—Mi capitan, dijo el sargento, delante de la granja han llegado unas pobres gentes que pronuncian vuestro nombre, pero no entendemos lo que quieren decir: parecen pescadores, y entre ellos viene un anciano ciego.

Luis Stock pareció sorprendido y contrariado; pero no obstante, dijo:

—Que entren al punto.

Y cuando estuvo solo prosiguió:

—¡He sido muy imprudente! he enviado inmediatamente el testamento de M. de Milval á mi hermano, creyendo que el general en jefe vendria antes, y los prisioneros hubieran sido ejecutados antes de que mi asistente regresara: ahora los tengo aqui para que no puedan servir sus quejas ni sus súplicas.

En cuanto Bella apercibió al capitan; prorumpió en sollozos cruzando sus manos en ademan de súplica.

—Vamos, valor, sobrina exclamó el capitan con acento severo. En la guerra hay los mismos peligros para todos.

La jóven, hizo por dominar su emocion, y cuando vió que el capitan cerraba la puerta detrás de José, exclamó con angustia:

—Tio, por favor. ¿Ha muerto ya M. de Milval!

—No, Bella; todavia no.

—¿No me engañais?

—No.

—¡Gracias, Dios mio! ¡Vive, padre! ¡Vive, José! Dios de misericordia!

Y loca de alegria, corrió de uno á otro estrechando sus manos con ademan delirante; el capitan movió tristemente la cabeza, y Bella, con las manos cruzadas se colocó ente él exclamando:

—¿Vos le salvareis, no es cierto?

—Imposible, sobrina; no hay esperanza para él.

—¿Que no hay esperanza? ¿Pero no veis que el mismo Dios le protege? Estaba moribundo entre las dunas, y Dios me envió en su socorro; le delató un traidor, y Dios me permite que José y yo le conduzcamos salvo á Nieuport; entra en accion, y las balas le respetan; le prenden, y Dios me manda tambien para que pida por él. No veis en todo esto, tio, que la providencia nos manda salvar á un desgraciado?

Luis Stock no respondió á esta ardiente súplica, y dijo lentamente:

—Sentaos, amigos; vos, Bella, reportad vuestra emocion, Lo que os digo os entristecerá, no lo dudo, pero nada se puede hacer por él. La fatalidad es mas fuerte que el hombre, y este tiene que inclinar la frente ante sus inflexibles fallos: sobre todo no hableis tan alto; que nadie debe oir lo que aquí os voy á decir.

—Ah, me aterrais! murmuró la jóven.

¡Hermano, ten compasion de mi hija!

—¡Por piedad, capitan, pensad en vuestra sobrina! añadió José.

—¡Estais todos locos! repuso el capitan con impaciencia. ¿Quereis que salve de la muerte á M. de Milval! Yo no puedo hacer semejante milagro, y si lo intentase, seria yo el fusilado.

La jóven clavó en él su vista extraviada, y dijo con angustia:

—Pero, tio, vos habeis dicho que el general os quiere mucho; él es el jefe, y una palabra suya le salvaria.

—El general no puede violar las leyes de la república.

—¡Oh! Decidle vos que ese infeliz ha sufrido mucho; referidle la muerte de sus padres, la pérdida de sus bines, y si ese hombre tiene corazon, tendrá pied de él.

—Es inútil, Bella.

—Pues bien, tio; conducidme á mi á su presencia. Yo me echaré á sus piés, los regaré con mi llanto...

—Seria inútil tambien; no lograreis salvar á M. de Milval.

—¡Oh, Dios mio! ¿Tanta sed tienen de su sangre?

Dijo y ocultó el rostro en el pecho de su padre.

—Luis, murmuró el anciano; yo te suplico, por la memoria de nuestra santa madre, que tengais piedad del dolor de esta pobre niña.

—¡Piedad! murmuró el capitan. ¿No veis que estoy llorando tambien? Pero yo nada puedo contra la fatalidad.

—Habla al general. Quizá se ablande.

—El general no puede hacer nada en favor de un rebelde.

—Luis, Luis, no nos quites toda esperanza: Dios es misericordioso. No sabes lo que ha decidido.

El capitan hizo un movimiento de impaciencia y repuso:

—¿Tú tambien Simon, esperas una intervencion sobrenatural en hechos que son tan humanos? No digais eso. El general no puede mas que obedecer las órdenes de la república, y aunque su corazon es bueno, aunque la sangre que no se vierte sobre el campo de batalla le repugna, si su propio hermano estuviese entre los prisioneros, no podria salvarle mas que á costa de su propia vida. Asi pues, no insistais; renunciad á toda esperanza y doblad la cabeza con resignacion ante los decretos inmutables de la suerte. Vos, Simon, sois hombre, sois padre, y á vos toca con vuestra conformidad inspirársela á vuestra hija.

El anciano inclinó á su vez la cabeza, y dos gruesas lágrimas cayeron de sus ojos hasta los cabellos de su hija.

José, que hasta entonces no habia dicho una palabra, contentándose con retorcer sus manos con desesperacion se puso de pié, su frente estaba roja de cólera, y encarándose con el capitan, exclamó con voz ronca:

—¿Dónde está M. de Milval? Yo le libraré.

—¿Vos, José? No sabeis lo que decís.

—Ya lo veremos. Señaladme su prision, y nada mas quiero.

—¿Estais loco? ¿Que intentais? repuso el capitan.

—¡Qué intento? repuso el pescador crispando los puños. Intento solo ó con otros compañeros forzar la puerta de la prision, llevarle á la playa, y en mi barca conducirle al cabo á bordo de un navío inglés.

—¡Insensato! ¿Ignorais que le guardan fuerzas numerosas, y que cien balas os habrán atravesado ántes que os acerqueis á él?

—No importa: lo intentaré. En vez de una victima habrá dos.

—Por fortuna para vos, José, dentro de algunas horas habrá terminado todo. Si llevais á cabo vuestro proyecto, encontrareis la prision vacia.

José, desanimado con estas palabras, se dejó caer de nuevo sobre la silla, dando un rugido. El capitan se acercó á Bella, tomó una de sus manos y dijo con cariño:

—Querida Bella, no me acuseis de insensible. No solamente comprendo vuestro pesar, sino que compadezco, como vos, la suerte de M. de Milval. Si yo pudiera intentar algo para salvarle, aun á costa de un gran peligro, lo intentaria; pero es imposible. Consolaos con la idea de que todos somos mortales, y unos antes, otros despues, tenemos que pagar nuestro tributo á la muerte. Es una sentencia superior contra la cual no podemos rebelarnos. He visto á M. de Milval en su prision; se muestra tranquilo y casi alegre por ir á reunirse con sus padres. Vos, por vuestra parte, hija mia, serenaos tambien, siquiera por no afligir mas á vuestro anciano padre, y volved á vuestra casa, satisfecha de que habeis intentado cuanto estaba en vuestra mano para salvarle.

El anciano ciego unió sus ruegos á los de su hermano para sacar á Bella de su abatimiento, y José mismo la dirigió algunas frases para animarla. Todos los esfuerzos se estrellaron ante el dolor tenaz de la jóven. Por fin poco á poco fueron cesando sus sollozos, y enjugando sus ojos y lanzando un profundo suspiro, exclamó:

—¡Cúmplase la voluntad de Dios! Yo me inclino ante sus impenetrables secretos; pero no me negueis, tio, el último favor que voy á pediros.

—Hablad: yo os concederé cuanto esté en lo posible.

—Quisiera verle antes de que muera.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Cómo! ¿Quereis verle por última vez? Renunciad á tan imprudente deseo. No podreis verle sin prorumpir en llanto, y lo único que conseguireis será quitarle el valor que ahora le anima. ¿A qué emponzoñar sus últimos momentos?

—No, no lloraré, repuso la jóven reprimiendo su dolor. Querido tio, si alguna vez me habeis querido, concededme esa gracia, y bendeciré eternamente vuestro nombre.

—Pero Bella...

—Yo os lo ruego por la salud de mi padre. No me lo negueis.

—¿Esperais todavía salvarle?

—Quiero consolarle, repuso como si no hubiera oido la anterior pregunta. Lejos de robarle la serenidad como vos creeis, quiero fortalecer su espíritu. Dios me lo ha concedido por tanto tiempo, que no me negará la dicha de cumplir mi mision hasta el fin.

—¡Sois una criatura extraña! exclamó el capitan. Hace un instante abatida por la afliccion, ya resignada y enérgica.

—¡Oh! no; aun verteré lágrimas, tio; pero las verteré en la soledad por no haberle podido librar de su triste suerte. Sin embargo, ahora me siento capaz de verle sin que la emocion de acento descubra la herida que atraviesa mi corazon... ¿No es verdad, tio, que no me dejareis verle por última vez?

El capitan reflexionó un instante.

—¡Oh! ¡sí, sí, consentís! exclamó Bella.

—Consiento en efecto, dijo con ademan severo el capitan; pero no olvideis vuestra promesa. Si vèo aparecer el llanto en vuestros ojos, al punto interrumpo la entrevista, y todas las súplicas serán inútiles. Dudo, hija mia, que salgais bien de tan difícil prueba.

—Confiad en mi fuerza de voluntad.

(*Se continuará.*)

REVISTA DE CADIZ.

La llegada de Setiembre, y el haber comenzado á ceder algun tanto los insitados calores del pasado estío, han dado la señal de retirada á los numerosos forasteros que en el presente año han venido á honrar nuestra poblacion. Los que no están ya de vuelta en sus casas se disponen á hacerlo, y dentro de breves dias Cádiz entrará en su estado habitual.

Pero este estado habitual lleva consigo la idea de un mes mas de bombo y platillos en la plaza de Mina, de un mes mas de paseo vespertino en la Alameda. Algo queda pues que aprovechar, y entre eso que hay que aprovechar hay que tener en cuenta el lodo amarillo y pegajoso del salon bajo del paseo, cuyas muestras se han llevado para sus casas las damas forasteras en sus trages y enáguas, á fin de hacerlas someter á un análisis químico, porque la cosa en efecto lo merece. Tanto estas como las de acá, unidas todas en la mala fortuna, hemos oido decir que piensan elevar al ayuntamiento un razonado expuesto en demanda de daños y perjuicios, acompañando como comprobantes multitud de trages de todas las telas conocidas hasta hoy y de todos los colores imaginables, lastimosamente deslucidos por la impregnacion de aquella sustancia, y pidiendo que para lo sucesivo se provea, dictándose medidas eficaces que corten el mal. Añádese que están resueltas, si no se hace así, á acabar de romper con sus antiguos atavíos femeninos, lanzándose decididamente al trage varonil, para lo que ya les falta muy poco; lo cual quiere decir que, así como ya usan chaquetas, fraques, chalecos y corbatas, se calzaran polainas como la tropa, suprimiendo del todo las faldas, origen de la calamidad que lamentan. Esto tendrá además otra cosa de bueno, y es que sus actuales enáguas de larga cola no servirán en adelante de alfombra á los hombres que van detrás de ellas, ahorrándose las que las llevan de tener que hacer una genuflexion á cada pisada para evitar en lo posible un descosido ó un desgarron en su trage.

Ahora, como cuestiones de actualidad, pero que tienden á hacerse crónicas, vamos á enumerar algunas de las cosas que aquí faltan y las cosas que aquí sobran, sin meternos á averiguar si sucede ó si no sucede lo mismo en otras partes.

Lo primero que falta es dinero sonante, á términos que un real borrado y hasta un ochavo mohoso se van haciendo verdaderas curiosidades numismáticas. En cambio abundan relativamente los papelitos de colores llamados billetes de banco, los cuales van produciendo el mismo efecto que produce el agua en las personas atacadas de hidrofóbia. Váyase, por ejemplo, á una tienda á comprar un objeto cualquiera, y al ir á pagar asome entre los dedos del comprador un papelito de esos, aunque sea azul que son los menos venenosos. Pues bien, aquel mero asomo hace en el vendedor un efecto semejante al de una pistola: abre desmesuradamente los ojos, arquea las cejas, se echa hácia atrás por un movimiento involuntario, y hace ademan de rechazar con su mano aquel objeto que vislumbra aun entre los pliegues de la cartera, y que amaga venir á posarse sobre el mostrador. «No tengo cámbio,» exclama al fin con aire consternado; porque en efecto no puede cambiar, y esta circunstancia lo coloca en la dura alternativa ó de perder la venta ó de dar al fiado el género; lo cual no es posible hacerlo con todo el mundo, aun teniendo en cuenta la franqueza y cortés galantería que son proverbiales en casi todos los establecimientos de Cádiz.

Dedúcese de aquí que si bien en nuestra poblacion el estado sanitario es por los demás conceptos satisfactorio, se ha desarrollado recientemente esa nueva enfermedad de carácter metálico, á la que por analogía pudiera darse el nombre de *billetofábia*, la que en mayor ó en menor grado afecta al vecindario entero.

Los síntomas de esta epidemia ya los hemos indicado: la vista de unas cuartillas de papel de ciertos colores impresas de cierta manera, ocasiona movimientos espasmódicos, mas particularmente apreciables en la region del bolsillo. Los doctores parece que estudian un medio eficaz de curar la enfermedad radicalmenle; pero mientras lo logran ó no lo logran, hoy solo se puede apelar á paliativos, que no se encuentran en las oficinas de farmacia, sino en alguna que otra agencia de descuentos. Sucede sin embargo con este paliativo lo que con el ópio; aplaca por el pronto el dolor, y se acude con él a la necesidad urgente; pero á la larga y á altas dósis, destruye el principio de la vida.

Otra de las cosas que cada dia se van haciendo mas raras en Cádiz es el pescado. Lo que acerca de él dijimos en uno de nuestros recientes números nos dispensa de extendernos mas por hoy. Añadiremos, sin embargo, que el pescado corre parejas, en cuanto á escasez, con la plata, y que de una y otra cosa lo poco que hay es tan malo como poco. Si esto se sigue como va, será preciso para ver un denton ó una pescadilla ir á un gabinete de historia natural.

Los freidores, no obstante, conservan siempre sin alteracion el precio de los trozos que venden; pero poniendo en armonía su tamaño con la escasez del mercado. Siguiendo este sistema, dan por trozos de pescado obleas con espinas, y eso los dias que repican gordo.

Al hablar de cosas que escasean, naturalmente se viene á los ojos el servicio doméstico. Hablaremos de él como último punto de nuestra revista.

Nosotros hemos alcanzado tiempos en que los criados se perpetuaban en las casas fácilmente, que llegaban á ser, por decirlo así, partes integrantes de la familia, y que en el seno de ella, cuidados, asistidos, y exentos ya de trabajo alguno, acababan su vida de puros viejos. Al cabo de tantos años, ya aquellos sirvientes se habian ligado con sus amos por los vínculos del cariño, amaban á los hijos de la casa, á los que habian visto nacer, y miraban por ellos con todo el interés que crea tan largo y tan íntimo conocimiento.

Lo que en cambio de esto sucede hoy, no hay para qué decirlo á aquellas de nuestras lectoras que tengan casa y familia. Los criados y las criadas pasan sin dejar rastro ni huella, y se suceden como las olas del mar. Pero el asunto, por mas molesto que sea, por mas perjuicios que irrogue á las familias, no deja de tener su lado cómico, que tomamos en cuenta, porque refleja las costumbres de hoy.

En Cádiz no hay agencias de criados, hay no mas que unas especies de corredurías de libre industria; á estas personas acude el que necesita criados, y á estas tambien el que solicita colocacion; pero estas personas no conocen por lo comun á las que envian. Usted ha menester, por ejemplo, de una criada; avisa, pero no hay ninguna; al cabo de unos cuantos dias se presenta una. Aquí entra el diálogo de ajuste.

—¿Para qué busca V. casa de servir?

—Para cocina sola. Yo soy cocinera de las de punta.

—¿Qué informes tiene V.?

—He estado en casa de don Fulano de Tal, y en otras tambien, pero en estas poco tiempo, porque tuve que ir á mi pueblo.

—¿Qué salario pide V.?

—Cuatro duros, y me he de ir á mi casa á las oraciones, porque quiero tomar el fresco por las noches.

—Mucho es, y muchas son las exigencias. Acá comemos tarde.

—Pues coma V. mas temprano.

—Es decir que V. pretende arreglar mi casa á su gusto.»

A pesar de esto la señora, que no tiene quien la sirva, concluye por pasar por todo. Toma los informes. En casa de don Fulano la mujer ha estado seis dias no mas. ¿Qué hacer? Antes que todo es que haya quien guise. La criada da de término para venir dos días; no puede antes. Al fin viene.

Pasa el dia sin novedad. La cocinera de fama hace bódrios en vez de platos; pero no se le dice nada por no espantar tan pronto la caza.

Llegan las oraciones; la criada se va segun lo convenido; pero no vuelve mas.

Lo propio sucede con otras diez.

Poco mas ó menos, lo mismo acontece en todas las casas. La cuestion suele ser simplemente de dias.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE MUSELINA BLANCO.—La enagua va guarnecida por abajo con un volante ligeramente fruncido, cuyo borde se adorna con margaritas bordadas que llevan ribetes negros; las hojas de estas margaritas se festonean y se recortan. Encima del volante, sobre el trage, se hallan tres filas de margaritas mas pequeñas, con el corazon formado por un boton de paja, como las anteriores. Una segunda enagua, cuyo borde se adorna con margaritas, va recogida por una ancha cinta paja con ribetes negros, que pasa primero por encima y luego por debajo del trage, despues de haber figurado unos tirantes sobre el corpiño, que es escotado y de manga corta. Estos tirantes, adornados en los hombros con encage negro, se cruzan por delante y por detrás, y caen hácia atrás en dos cabos largos. Peinado de margaritas blancas y espigas.

TRAGE DE FULARD GRIS, adornado con una ancha tira de fulard cereza, recortada en puntas por uno y otro lado. En el medio de esta tira se halla un ancho entredos de guipur negro. Chaleco y corpiño-casaca de fulard gris; el chaleco se cierra con botones color de cereza; el corpiño, cuyos faldones son vueltos hácia afuera, va forrado de fulard cereza; el mismo fulard, recortado en tiras estrechas con puntas, y cubiertas por un entredos de guipur negro, guarnece la casaca por delante, el borde de los faldones, y sube hasta el sitio en que estos se separan uno de otro.

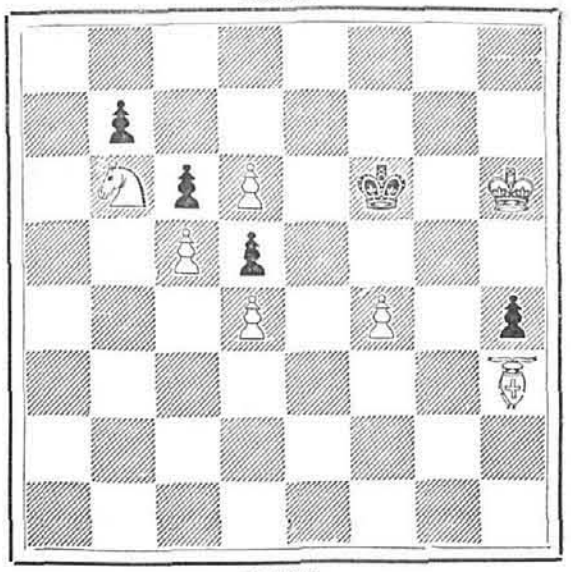
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N. 4, POR D. FRANCISCO JAVIER MARQUEZ (DE MADRID).

	Blancas.	*Negras.*
1.ª	T. 8.ª A.R.ª Jaque.	R. 4.ª c. R.ª ó (A) (B)
2.ª	R.ª 4.ª C.R.ª Jaque.	Peon quita R.ª
3.ª	Peon dá mate.	
(A) 1.ª	.....	R. 4.ª R.ª
2.ª	C. 4.ª A.R. Jaque.	R. juega á casilla 5.ª A.R.ª ó á 3.ª R.ª (indiferente).
3.ª	R.ª mate.	
(B) 1.ª	.....	R. 2.ª ó 3.ª R.ª
2.ª	R.ª ó Alfil. Jaque.	R. juega.
3.ª	Alfil ó R.ª Mate.	

PROBLEMA N.º 6, POR D. FRÁNCISCO JAVIER MARQUEZ (DE MADRID).

NEGRAS.



BLANCAS.

Juegan las blancas y dan mate en 3 jugadas.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CÁDIZ 1864. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA; Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

Levy imp. Paris

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Paris 56 Rue Jacob

© Biblioteca Nacional de España